y despues las habeis reproducido estensamente, y en fin, en vuestro interrogatorio del 9 de febrero habeis acabado por hacer una confesion completa, lo cual no impide que hayais escrito hace algunos dias al procurador general una carta, en la cual parece quereis retirar vuestras precedentes declaraciones. ¿Ahora en qué sistema se fija vuestro espíritu?

Orsini. Permitidme tomar la cuestion desde mas antiguo. Desde mi juventud, mis pensamientos, todas mis afecciones no han tenido sino un objeto, un fin, la libertad de mi patria, la venganza contra el estranjero, contra los austriacos que nos fusilan, que nos matan, que nos saquean y nos degüellan.

Hé aquí por qué me he encontrado en todas las conspiraciones hasta 1848, y por qué despues de arrojar del poder á Pio IX, fui nombrado miembro de la Convencion romana.

Cuando los franceses, á quienes habíamos considerado siempre como amigos, desembarcaron en Italia, creimos que nos tenderian la mano, pero no tardaron en ser nuestros encarnizados enemigos. En uno de los numerosos ataques dirigidos contra nosotros, fueron rechazados y les hicimos varios prisioneros. Pensamos siempre que la Francia es la primera entre las naciones civilizadas y liberales, que si los franceses obraban contra nosotros se debia á que eran á ello obligados, y nosotros devolvimos la libertad á los prisioneros, á los gritos mil veces repetidos, de ¡Viva la Francia! ¡viva la libertad! ¡viva la Italia!

¿Cómo respondieron á nuestra generosidad? Suspendieron las hostilidades por un mes, pero fue para esperar nuevos refuerzos. Entonces volvieron al ataque, mil contra diez, señores: nosotros hemos sido jurídicamente asesinados.

Presidente. Nuestro respeto á la libertad de la defensa nos hace tolerar semejante lenguaje.

Orsini. Fuí en seguida al Piamonte; nuestra irritacion contra los franceses habia pasado, y escribimos siempre á Roma en todas las conspiraciones que se han formado, que se respetase la guarnicion francesa.

Si los papeles cogidos por el gobierno papal existen, por ellos se verá que no miento. He conspirado siempre contra el Austria, pero nunca sino contra esta nacion. En 1843, caí en manos de los austriacos, en Hungría, me juzgaron, me condenaron, y ya iba á ser ahorcado, cuando encontré medio de escapar.

Entonces fuí á Inglaterra, siempre con ese pensamiento, con esa manía, si asi lo quereis, de ser útil á mi patria, de darle la libertad sin esponer para ello mas que mi persona. Estaba convencido de que no da resultado alguno esponer á que sean fusilados diez hombres, ó veinte, como hace inútilmente Mazzini, tiempo há. He querido adoptar las vias legales. Me he dirigido á los pares de Inglaterra; he dirigido tambien una peticion al gobierno sobre el principio de no intervencion, y para hacer que cese la ocupacion francesa y austriaca. Me habia ya adquirido las simpatías de aquel gobierno cuando estalló la revolucion de la India, y ya comprendeis que esta cuestion preocupó á Inglaterra mas que la italiana, como era natural.

Examinando las condiciones políticas de todos los gobiernos de Europa, me he detenido ante la idea de que solo hay un hombre en posicion de hacer que cese esta ocupacion de mi pais por los estranjeros, que este hombre es Napoleon III, que es el mas poderoso de Europa. Pero cuanto ha acontecido me convencia de que no querria hacer lo que él solo puede llevar á cabo. Confieso, pues, francamente, que le he considerado como un obstáculo, y entonces me he dicho que era preciso hacerle desaparecer.

Yo queria, ya lo he dicho, realizar por mí solo mi proyecto; pero reconocí que esto era imposible. Entonces encontré cerca de mí hombres que conocieron mis planes, y se asociaron á ellos. Presos, me han delatado. Cuando me he visto vendido por ellos, he concebido algun sentimiento de venganza contra mis cómplices y les he acusado; pero hoy siento toda circunstancia que pudiera agravar la posicion de mis coacusados, me retracto de todo lo que pude decir contra ellos, y ofrezco mi persona en sacrificio de mi pais.

Me confío, señores, á la sabiduría y espíritu de justicia de mis jueces, á la probidad de los jurados, que sabrán descartar cuanto he hecho en todas las circunstancias estrañas y falsas, declaradas por mis cómplices; declaraciones hechas bajo la influencia del miedo, y los señores jurados saben que el miedo es un mal consejero.

Permitidme rectificar las declaraciones que he hecho relativas á Allsop y Bernard. En cuanto á Allsop, si mandó hacer las bombas por mi órden, fue como objetos que podrian servir para esperimentos de gas. Como Allsop me habia conocido en Italia y sabia mi historia política, pudo sospechar el fin real con que yo le pedia estas bombas; pero nada le confié de él.

En cuanto á Bernard, nada le he dicho tampoco: ya veis que nada he confiado á mis coacusados.

Hé aquí lo que tenia que decir sobre esto, y protesto que deseo guardar silecio respecto á mis cómplices, presentes ó ausentes.

Presidente. Entonces hay necesidad de reproducir vuestro interrogatorio, vuestra confesion del 9 de febrero, en la cual se encuentran los pasajes que van á oir los señores jurados:

«Yo no he tenido jamás intencion de repetir las declaraciones que os hice y que contienen la verdad. Pero en un primer momento de exagerada generosidad, he creido atraer sobre mí toda la responsabilidad. Esto seria bueno si mis coacusados hubiesen sido dignos de tal sacrificio; pero como conozco que están muy lejos de serlo, no veo por qué he de tomar sobre mí la responsabilidad de lo que han podido hacer, y encuentro justo que á cada uno le toque la parte que le pertenezca.

»Durante el último año fue cuando Pieri y yo comenzamos á hablar del proyecto ejecutado el 14 de enero. Estábamos convencidos de que el mas seguro medio de hacer una revolucion en Italia, era producirla en Francia, y que esta se verificaria matando al Emperador.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación